

Cartas a Mis Pacientes



Ilustración: José Luis Alcover Lillo.

M. Gloria Alcover Lillo*

Máscara, Identidad y Sufrimiento Humano (Segunda parte)

*La autora es médico cirujano por la Universidad Complutense de Madrid (España), con especialidad en Ginecología y Obstetricia; además, tiene la especialidad en Homeopatía por la Escuela de Posgrado de Homeopatía de México, A.C., y es miembro de honor de la Universidad de Sevilla, la Academia Médico Homeopática de Barcelona, la Escuela Médico Homeopática Rumana, la Escuela Médico Homeopática Ecuatoriana, la Escuela Médico Homeopática de Bogotá y el Instituto G. Páez de Bogotá.

Profundizando desde el punto de vista de la clínica integral homeopática, es importante entender qué es lo que existe entre la máscara y la Identidad de un ser humano en el proceso de crecimiento y de su evolución natural.

En **el estado de salud** se interponen dos aspectos inevitables y fundamentales que son, a su vez, no sólo obstáculos sino instrumentos integrantes naturales de la evolución del ser humano, por tanto, inevitables, imprescindibles y necesarios. Primero, **el colectivo**: las peticiones de los demás, la familia, los amigos, los compañeros de trabajo, etcétera, que cada uno de nosotros intenta siempre

satisfacer desde niño para ser aceptado, para sentir que pertenece al mundo que le ha dado raíces y estabilidad, y sentir su continuidad y su acogida. Sentir que pertenece **bien** al mundo donde **es** y **está**. Es decir: “los otros”.

Segundo, las propias **pasiones**. Instrumentos primordiales y determinantes del mítico “camino del héroe” que todos emprendemos en la vida, consciente o inconscientemente, al tener que superar los conflictos naturales del propio vivir y que nos enfrentan a nosotros mismos mostrándonos la realidad de ese “quién somos” que deseamos conocer, saber, encontrar, realizar y mostrar a los demás para ser no sólo distintos, sino manifiestamente irrepetibles para siempre, es decir, con aroma de eternidad. Esto ocurre sin pensar, sin hacer elaboraciones complicadas; es el movimiento natural dentro de lo que es crecer naturalmente día a día, aún en la persona más simple y sencilla. Esto nos conforma y lo reconocemos con la palabra “natural”.

En **estado de enfermedad, aguda**, falsa o crónica se interpone, además de los primeros, la propia enfermedad, física, mental y hereditaria. Lo cual es siempre un diálogo de cada uno con la propia historia dentro del dolor y del sufrimiento, del “no ser” y sentir “no poder ser” lo que intuimos nos pertenecería.

La construcción de la máscara es algo tan natural e inevitable como el crecer y desarrollarse del cuerpo (soma) y del alma (psyche). Y es “un todo único” con la propia identidad. Esa realidad llena de impulso creador que nos conforma y vive dentro de nosotros para dirigirnos y que podamos realizarnos, llegar a nuestra plenitud como todos los elementos del Universo: “ser lo que cada uno sabe que tiene que ser”. Un impulso instintivo, recibido, pero proio, natural y lleno de “hambre de vivir, esplendor, reconocerse y manifestarse”. ¡Ser!

Mientras **la máscara** se muestra y se ve **al exterior**, como el mismo cuerpo y a través del cuerpo, **la identidad** como tal es **interior**, algo sustancial e invisible dentro de nosotros. Es el “sí mismo” que nos habita. Esta identidad nuestra sólo se podrá conocer a través de la propia corporeidad y por tanto de la manifestación externa. Es decir, de mis gestos, mi rostro, mi modo físico de estar y mi temperamento, mi carácter, mi modo de ser, mi modo de moverme, sentir, comprender y hacer la vida. Eso es lo que entenderemos por “mi máscara”, tanto en salud como en enfermedad.

La diferencia, entonces, ¿cuál sería?

En el estado de salud, ese exterior (máscara) es imagen adecuada y armónica, verosímil de la propia identidad interna de la persona. En la evolución y el crecimiento de cada individuo, la identidad no cambia, pero se desarrolla, se abre, como se abre un capullo de rosa hasta manifestar el máximo de su esplendor. Es decir, que, desde el nacimiento hasta la muerte, cada uno “somos lo que somos” y, además, no podemos (ni queremos) ser otra cosa.

Como podemos constatar todos, una persona sana es confiable porque podemos ver lo que realmente es y cómo es a través de su comportamiento, gestos, rostro y conducta. Es coherente consigo mismo en modo natural, espontáneo, y eso lo manifiesta también natural y espontáneamente a los demás. Me permito señalar que **coherente** no es sinónimo de perfecto, sino de genuino. Tampoco sano es sinónimo de perfecto. Simplemente significa que representa adecuadamente lo que **es**.

En el estado de enfermedad esto no ocurre. Lo que se manifiesta al exterior no coincide con lo que se es o con lo que cada cual debería ser según su propia realidad y misterio. De hecho, en la enfermedad (infrme = falta de firmeza) lo que se hace evidente es lo que consideramos todos como enfermedad del alma o del cuerpo: **dolores y sufrimiento**.

Los **dolores** se manifiestan en los órganos físicos. Y aunque sean físicos hablan siempre de ti mismo y de tu historia. Son sólo tuyos e individuales. No se los puedes dar a nadie para que los padezca a cambio de ti. Y tienen la característica de no ser transmisibles. Y, además, te impiden alcanzar lo que tu íntimamente deseas y sabes que te pertenece.

El **sufrimiento** tiene una dimensión más trágica, más ligada al alma y su anhelo (respiración corta y fatigosa). El sufrimiento te hace padecer la vida sin poder conquistarla, gustarla ni hacerte dueño de lo que es tuyo y absolutamente necesario para ser y estar bien y dar lo mejor de ti mismo a la vida, a ti y a los demás. Dolores y sufrimiento te impiden ¡vivir!

Y así podemos entrar en la intimidad de la vida de una de mis pacientes que conozco hace muchos años, por lo que puedo hablar de su historia pasada, presente y futura, de su familia, condiciones y “devenir”. Es la última de cinco hermanos, tres varones y otra hermana 7 años mayor que ella, crecida dentro de una familia clásica y patriarcal española. Fue la pequeña y mimada de todos, incluyendo a los abuelos que vivían también en la misma casa.

Ese trato de “reina y preferida” le gustó y construyó su primer encuentro y su primer lenguaje con la vida. Con los cuidados y mimos de toda la familia, inevitablemente fue privada de las pequeñas o grandes pruebas y dificultades que la vida le iba dando todos los días, siendo ella el objeto de alegría y satisfacción para todos los adultos y mayores de la familia.

Aplaudida siempre en sus caprichosas expresiones y deseos, naturalmente infantiles, contentándola siempre y, según ellos, allanándole el camino en todo. Dando por bueno todo su lenguaje de niña en el periodo de su infancia, mi paciente fue creciendo y ese fue su modo de estar en la vida, su presentación, incluso ante sí misma. Su máscara natural con la que se identificaba y se quería identificar en cada momento de su vida. Su modo de ser y mantener su felicidad infantil. La niña crecía y su naturaleza, su principio vital, la empujaba lógicamente no sólo a aumentar el volumen y la altura de su cuerpo sino a desear un lenguaje y un encuentro con la vida que fuera suyo y distinto a todo lo que había recibido.

Sin embargo, este cambio, este proceso iniciático natural y obligado en todo ser humano era rechazado por ella. Este encuentro con la muerte parcial de una parte de nosotros mismos que ya ha sido cumplida, y que impone el paso del tiempo dentro de la evolución, no la podía resistir sin sufrir. Y el sufrimiento le aterraba. Era algo que ella no conocía. Este pasaje imprescindible para madurar y en consecuencia alcanzar progresivamente la propia realización no era bien aceptado por la niña. Le daba dolor, angustia. No lo podía resistir y no lo quería ni ver. Mucho menos desear.

Mariluz se rebelaba con todas sus fuerzas, conscientes e inconscientes, a una nueva vida, al punto de frenar su evolución hacia la expansión e invertir el sentido de su crecimiento, es decir, involuconaba. Su movimiento de crecimiento fundamental estaba invertido. Su satisfacción no consistió nunca en conquistar el mundo y sentir la alegría de sus logros y sus descubrimientos, sino que consistió siempre en ser celebrada y arropada por su familia. Sentía demasiado miedo a salir de su nido y cambiar cualquier cosa que pudiera modificar su “bienestar conocido” obviamente infantil.

Pasaba la vida. A 40 años todavía mantenía el rostro de una niña, pero lógicamente de una niña

envejecida. Sus movimientos y sus vestidos eran no sólo de jovencita, incluso de niña por la forma, los colores y los adornos. La justificación aparente es que era una artista. De hecho, se había convertido en una magnífica pintora. En sus obras quedaba plasmada la fuerza y el arrojo de “lo que hubiera tenido que ser”, de lo que era ella y de lo que se encontraba escondido o distanciado dentro de “sí misma” de la máscara infantil que mostraba y del personaje teatral que representaba en su vida cotidiana.

El miedo a separarse de sus amores masculinos primordiales, que eran nada menos que cuatro: el papá, el hermano mayor (el primogénito) y dos hermanos gemelos de los cuales uno era el más bello, su “príncipe azul”, fue tejiendo, involuntariamente, la dificultad de su natural individualización. Sin querer mantenía los lazos del amor primordial de fusión que, en condiciones de buen desarrollo, poco a poco hubieran tenido que evolucionar y diferenciarse. La vida tendría que haber entrado llamándola al propio misterio de su ser, es decir, a lo que estaba llamada a ser. La hermana mayor era una mujer buena pero poco agraciada y ella, la más bella, además de ser la pequeñita, se había convertido en la reina de sus cuatro varones.

Esta condición impidió siempre que encontrara su novio, su esposo, su vida. No podía existir en todo el universo “real” un hombre que pudiera destornar a los cuatro **titanes varones** a los que ella había sacrificado su vida de **mujer** con un hilo invisible de dos hebras: el egocentrismo del amor de fusión infantil y el miedo a vivir.

El momento definitivo de crisis surgió cuando ganó una beca especial para ir a las mejores escuelas de arte de Italia y América. ¡Era la oportunidad del gran salto! Un salto espléndido que le ofrecía la vida para, finalmente, descubrirse, reconocerse, disfrutarse a sí misma y **ser**, lo que ella nunca pudo hacer. Después de una larga indecisión, donde, por una parte, sentía la emoción enorme del nuevo camino y por otra el desgarre de sus amores... venció la pena.

Rechazó la beca y se quedó en casa manteniendo su trono de reina niña. Poco después todos sus varones se casaron, encontraron sus mujeres, sus hijos, su profesión... su vida. Y ella se quedó viuda de amores y fracasada profesionalmente.

En poco tiempo fue desarrollando una neurosis histérica depresiva grave. Llena de envidia y celos. Censurante siempre de cualquier mujer y con expresiones ridículas dentro de una voz infantil que nunca cambio ni se desarrolló. Un cuadro de **Lachesis** profundo escondido dentro de una capa de aparente **Pulsatilla**, dicho en lenguaje propio de la Homeopatía.

Se convirtió poco a poco en una solterona y sin sentido. Se quedó de guardiana de su pasado en su casa, sólo ayudando a sostener la soltería de su otra hermana y la ancianidad de sus padres. Acompañando con su muerte a la muerte de los suyos. Nunca pudo desear tener hijos porque su amor incestuoso con sus hermanos inconscientemente se lo prohibía y, además, ella, sin darse cuenta, era la “única hija” de su vida. Siendo ella la hija nunca tuvo la fuerza de desear ser esposa y madre porque hubiera tenido que salir fuera de su máscara. Y por este motivo, nunca conoció el amor. El deseo del amor de fusión personal y fecundante. El deseo de fecundar, dentro de sí misma, como toda mujer, una “nueva vida”.

Hacia los 40 años hizo un tumor uterino maligno y se fue añadiendo progresivamente una miastenia grave. Su temperamento era insoportable, loca. No se sabía lo que hacía o decía, caprichosa sin sentido y, pobrecita mía, ridícula. Ha pasado el resto de la vida entre psicoterapias y hospitales. La identificación con su máscara ha sido tejida de miedo a la vida suya y a la vida que le pertenecía. Ahora debe ocuparse de “no morir”. No tiene tiempo ni motivo para cambiar sus raíces y volver a sí misma. Hay un motivo secreto fundamental: no hay ninguno que la espera.

La reflexión final para mí es, como siempre, un aprendizaje vital. He aprendido que el amor tiene que ser bueno, es decir, adecuado a cada cosa o persona en el respeto de lo que es, hija, hermana, madre, amigo, novio, esposo, vecino, colega, etcétera. No es bueno “desear y robar” lo que no es tuyo, aunque esta frase suene muy fuerte. Es necesario que sea así para que el amor no se convierta en una **posesión**, para que no se **trague al otro** quitándole la posibilidad de ser y descubrir lo que le pertenece ser.

Es decir, es necesario estar atentos de no usar al otro para la propia satisfacción. La satisfacción real debe venir y viene en el amar bien. Al her-

mano como hermano, al padre como padre, a la vecina como vecina, y eso, comprendo yo, que es un arte. El arte de vivir. Y como todo arte se tiene que descubrir, aplicar, desarrollar y aprender. Se hace cierto que amar es ocuparse y preocuparse del otro. Estar a favor del otro, de aquel a quien se ama. Es decir, ¡verlo! Y viéndolo comprender cómo podemos participar en su vida, dar lo que necesita si nos pertenece a nosotros para que el otro pueda ser más “si mismo”, ser mejor. Si no se hace así, creciendo juntos en el amor, quien ama y quien es amado, la vida te hace involucionar. Repetir la lección. Volver a empezar... con todo el dolor que comporta y donde la enfermedad ayuda a denunciar el desvío. Así habla el Universo.

Hay una antigua oración carmelitana que dice:

“Señor, que ninguno sea menos bueno por haber sufrido mi influencia. Que ninguno jamás sea menos puro, menos verdadero, menos amable, menos digno por haber sido mi compañero en el camino de cada día hacia la vida eterna”.

Creo que esto es una buena guía para aprender a **amar viviendo y vivir amando**, como diría San Agustín. Sería, sin duda, una buena guía para prevenir la enfermedad y preservar la salud del alma y del cuerpo.